CUBA: UN PUEBLO QUE JAMÁS HA SIDO LIBRE\*

 Julio Antonio Mella Como un centinela avanzado, o como una primera línea de trincheras protectoras de la América del Sur, las Grandes Antillas forman una cadena de rotos eslabones, que el capitalismo yanqui ha unido con su comercio, su política y su dominio absoluto sobre ellas. De todas las Antillas, Cuba es la más hermosa, al decir de Colón y de los agentes turistas de la Florida. Cuenta la Isla con dos millones y medio de habitantes, de los cuales el medio está en la capital, y es el primer país productor de azúcar del mundo. Esto es lo único importante, y la principal causa de su pertenencia a los capitalistas sajones (principalmente estadounidenses).

El capitalismo yanqui ha sido siempre enemigo de la independencia de Cuba

No es de ahora que el capitalismo yanqui desea poseer esta isla, sino desde hace más de un siglo. Durante la centuria XIX más de una vez intentaron comprársela a España. En la época de las conspiraciones por la independencia, persiguieron tenazmente a los revolucionarios, y solo alimentaron las tendencias de ciertos cubanos anexionistas que soñaban con la separación de España para caer bajo el dominio de los Estados Unidos. Así [sucedió con] la expedición invasora de Narciso López en 1850, que no encontró eco en el pueblo de Cuba por esta misma razón. El anexionismo fue en una época la doctrina de los graves intelectuales, como luego lo fue el autonomismo, durante la guerra del 95, y lo es hoy la gratitud y la cooperación con el capitalismo yanqui, «que da riquezas a la patria pobre». (Casi siempre el intelectual se presenta en la sociedad como un ser fosilizado, a quien no se debe oír, y sí tratar como a momias con vida artificial. Cuando adquieren el éxito, y su nombre se hace famoso, es porque se han mediocratizado aceptando las ideas retrógradas del medio, con la excepción de las épocas idealistas de renovación.) De todos es conocido el fracaso del Congreso de Panamá, donde se trataba de hacer independiente a toda la América, y cómo los Estados Unidos hicieron fracasar el proyecto del Libertador. La carta de un secretario de Estado americano demuestra bien claro cuál es la causa del odio a la independencia de Cuba. Decía el citado estadista que esta Isla en caso de ser libre sería un fácil refugio de todos los esclavos de los estados algodoneros y agrícolas del Sur de los Estados Unidos, cosa esta que traería graves e injustas pérdidas a los ciudadanos americanos... El infeliz secretario no contaba con los esclavos de este país, los de Cuba, tanto los negros como los blancos. Hace ya un siglo de esto, y el mismo interés económico hace que los Estados Unidos declaren por su Congreso «que Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente» de España, para servir a los capitalistas americanos, que se han apropiado [de] las dos terceras partes de la producción azucarera, y de una de las más grandes bahías del mundo: Guantánamo.

1[1]

 Un embajador para hacer las veces de censor del Gobierno, y una Enmienda Platt, reverenciada por todos los gobiernos «honestos y patrióticos», asegura, con una intervención de las fuerzas armadas de marina, como en 1899 y 1906, la «protección a la vida e intereses de los extranjeros». Los cubanos parecen no tener necesidad de esa protección, y si alguna vez se necesita, son las fuerzas armadas de los Estados Unidos, también, las que la ofrecen, lo cual hace creer, con mucha razón, a los individuos que les gusta deducir, que las fuerzas armadas cubanas están de más, lo mismo que las autoridades.

La soberanía de Cuba ante el derecho político

Una de las mayores ingenuidades que cree el pueblo de Cuba es su soberanía, su independencia absoluta, y considera a los Estados Unidos como un fiel aliado, o padre protector. La vida diaria enseña que un hombre sin independencia económica es un servidor, un esclavo, muchas veces, de quien depende para subsistir. De la misma manera un pueblo, enseña la historia y la realidad actual, sin independencia económica es un servidor, un esclavo, muchas veces, de quien depende para el sustento de sus habitantes. No es necesario demostrar con ejemplos eruditos y basados en la ciencia política y económica la dependencia de Cuba al Estado capitalista del gringo Sam. Todo ser con sentido común ve y palpa esta dependencia, este coloniaje económico y por consiguiente político.

3

En el régimen actual la producción de todo país que no es industrialista, es tributaria de los otros grandes países civilizados, es decir, industrializados bárbaramente por la civilización burguesa. No importa la enormidad de sus territorios y lo numeroso de su población: India es una colonia a pesar de su extensión y de sus 300 millones de habitantes, y la China si no fuese por el auxilio magnánimo de Rusia, continuaría siendo un feudo del Japón, Estados Unidos, Inglaterra y demás países imperialistas. Aun dentro de las teorías políticas de moda en las universidades, Cuba no es un estado libre, no tiene soberanía. Para Orlando «obrar como soberano, equivale a decidir en última instancia, sin ulterior ni superior recurso, de un modo inapelable». Posada nos recuerda que soberanía significa etimológicamente «sobre todo», es decir, el Estado con sus súbditos ejerce la suprema autoridad, y en sus relaciones internacionales no tiene más limitaciones que las naturales prerrogativas de los demás Estados. Burgess, el ídolo en Ciencia Política en las universidades de los EE.UU., considera la soberanía como atributo esencial del estado («es el carácter más importante del Estado y de él se derivan los otros»). Otro de los atributos de un estado es la «exclusividad», o sea, donde exista el poder de un estado (manifiesto, desde luego, por el gobierno de la clase privilegiada), no puede existir el poder de otro estado. Veamos todas estas teorías universales aceptadas, y su relación con parte de la Carta Fundamental de Cuba:

Enmienda platt

Art. 1°

 El Gobierno de Cuba nunca celebrará con ningún Poder o Poderes extranjeros ningún Tratado u otro pacto...

(No está «sobre todo» el Estado cubano en sus relaciones internacionales, sino «debajo» de la Enmienda Platt. No hay «exclusividad» del poder del Estado cubano, tampoco, porque el Estado americano puede impedir, inmiscuyéndose, la concertación de los Tratados.) Art. 2°

El Gobierno de Cuba consiente que los Estados Unidos puedan ejercer el derecho de intervenir para la preserva-ción de la independencia de Cuba y el sostenimiento de un gobierno adecuado a la protección de la vida, la «propiedad» y la libertad individual...

(Resulta que la propiedad es en su inmensa mayoría americana, y cuando entra en lucha el interés de la propiedad americana con el interés de la propiedad nativa, garantizada en la parte «cubana» de la Constitución, la Enmienda Platt, o lo que es lo mismo, la protección a los intereses imperialistas americanos, puede más. No hay que decir lo que sucede cuando la pugna es entre la propiedad americana y la vida o la libertad individual del obrero nativo o español. El Gobierno cubano nunca ha vacilado en ponerse al lado de la Constitución y de la «defensa de la Patria», protegiendo, de acuerdo con la Enmienda Platt, la propiedad extranjera; porque, «de lo contrario, las tropas americanas intervendrían, trayendo una humillación para la República». De aquí se deduce bien claro que cualquier petición obrera es siempre «antipatriótica»... Hay algo cómico en este asunto, que nunca han visto los famosos in-ternacionalistas cubanos y yanquis de los Congresos Panamericanos y europeos. Si un estado es soberano tiene siem-pre la suficiente fuerza armada para imponer su soberanía a todos sus súbditos o ciudadanos, luego, si Cuba es estado soberano, como dicen en la Universidad de La Habana y en todos los lugares donde hay hipócritas, ¿para qué necesita la fuerza armada de los Estados Unidos?, ¿para imponer ese respeto y protección garantizados en la parte cubana y en la parte americana de nuestra Constitución? Falta estado verdadero, o sobra protección.) Art. 7°

Para poner en condiciones a los Estados Unidos de mantener la independencia de Cuba, y «proteger» al pueblo de la misma, así como para su propia defensa, el Gobierno de Cuba venderá o arrendará a los Estados Unidos las tierras necesarias para carboneras, o estaciones navales...

(Se acaba de expresar de manera clara lo que es Cuba: una nación protegida. Está, como Egipto o cualquier otro protectorado, sometida a la tutela de un estado imperialista con la más cara de las protecciones. La única diferencia es que en esos pueblos los nativos conocen valientemente su situación y luchan por obtener su independencia. Aquí, los capitalistas nacionales y los gobernantes, hacen creer a todo el mundo que el capitalismo americano, tiránico y absorbente, es el maná del pueblo cubano.) He aquí demostrada la falsedad, aun dentro de las teorías de la ciencia oficial, de la vana ilusión predicada en escuelas y cátedras universitarias, que aceptan nuestros gobernantes e intelectuales, de la independencia absoluta de Cuba. Para el hombre de sentido común la realidad le enseña que no hay tal independencia, que no somos ya colonia de España; pero que sí lo somos de la plutocracia norteamericana. Para el que desee conocer la verdad valientemente, debemos recordarle con Marx, el revolucionario, o Duguit, el reformista, si el primer nombre le asusta, que el estado no ha sido, ni es, otra cosa que la protección y el abuso de la clase dominante en un país. La América Latina, en mayor o menor grado, no es libre, pertenece al solo estado, al solo poder, que absorbe a todos los otros: los Estados Unidos de Wall Street. Los países como Chile, Argentina, Brasil y Uruguay, que por situaciones especiales no están bajo la influencia directa del capitalismo imperialista, son también Estados capitalistas nacionales: feudos de una casta explotadora. ¿Qué han de hacer los nuevos colonos de la América? ¿Organizar una nueva guerra de Independencia como en el siglo pasado, y hacerse libre [s]? No, ya veremos la única salida.

4

Otras manifestaciones del dominio yanqui en Cuba

No es solamente imponiendo la Enmienda Platt que los Estados Unidos han intervenido en Cuba. Roig de Leuchsenring, en un valiente y admirable trabajo presentado a la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, demuestra cómo Estrada Palma, el Primer Presidente, después de provocar una rebelión del Partido Liberal, ultrajado y robado en los comicios, renunció a su cargo. Estando por esta renuncia la República acéfala —más de lo que estaba cuando el pedagogo ocupaba la silla presidencial— vino la Primera Intervención de acuerdo con la Enmienda Platt. Magoon fue el ladrón que entró como un Rafless en el Tesoro, enseñando el mayor vicio de los políticos actuales. Restaurador de la República, por gracia de los yanquis, que hicieron una legislación por decretos y órdenes militares adecuada a sus intereses. José Miguel Gómez, gobernó, en lo posible, alejado políticamente de los imperialistas; pero pagó su tributo al capital extranjero en el cambio del Arsenal por Villanueva y en la Ley del Dragado de los Puertos. Cuando ocupó la presidencia el tirano Mario García, que conociendo la vulgaridad de su nombre se añadió vanidosamente el de Menocal, la intervención fue descarada. Primero se impuso cuatro años por una traición del Partido Liberal, y para vencer a la segunda rebelión de este Partido, cuando lo volvió a atropellar con motivo de sus deseos de reelegirse, pactó un empréstito con Wall Street. (Este era el segundo empréstito de la República, pues el bueno de don Tomás había pactado el primero de 35 millones de pesos.) Con este motivo el ministro de los Estados Unidos se hizo una especie de dictador-diplomático. Hizo del Palacio Presidencial su casa particular donde tenía, además de las consideraciones propias de su cargo, las que en una corte versallesca ofrecían algunos miembros de la familia real con los favoritos de moda. Declaró ante su gobierno que los rebeldes eran pagados por el oro alemán, y lanzó una proclama afirmando que los Estados Unidos jamás reconocerían un gobierno nombrado por los alzados. Esta sola declaración bastó para que el ejército sublevado se entregase, y para que los políticos en rebeldía saliesen del país, sin hacer uso de sus fuerzas. El antiguo administrador del Central americano, Mario García Menocal, hizo de la República lo que antes había hecho del feudo azucarero Chaparra. Vinieron expertos americanos para organizar las finanzas, y tropas de la U.S. Army ocuparon el territorio cubano para guardar el «orden y la propiedad» a la vez que no se exponía en las trincheras europeas la vida de algunos hijos de millonarios que eran los que formaban las tropas de ocupación. Sabían que el clima de Cuba y «los hombres de Cuba», serían más benignos que los fríos de la frontera francesa, y la ferocidad de los alemanes. El segundo Procónsul de la época menocalista fue Crowder. Llegó a bordo de un acorazado y desde allí dirigió las nuevas elecciones. Hizo un código electoral, que impuso al Congreso de la República, y fue el árbitro de la situación en los últimos tiempos del gobierno del más tirano y sanguinario de los cubanos. Al actual presidente, que se titula «restaurador de las libertades» le formó un Consejo de Secretarios, donde uno de los miembros era su ayudante. Para permitir la vida del gobierno le impuso, a pesar de sus protestas de niño que no desea tomar la medicina hasta que no le den un regalo, un gravoso empréstito, donde el ministro elevado a embajador cobró su buena comisión a los Morgan y repartió entre el presidente, el congreso y los periódicos. La «plusvalía» extraída al trabajador de los Estados Unidos por sus ricos explotadores encontraba, por tercera vez, colocación en Cuba. Para sellar la historieta cómica de Cuba que acabamos de hacer, recordemos que no [hace] muchos días partió para los Estados Unidos el presidente electo. No fue solamente con su familia y sus amigos, sino que de Washington vinieron sus magnates ferrocarrileros para acompañarlo en sus viajes por los bancos de la Unión. Fue con el propósito de rendir pleito homenaje a la Metrópoli de la América Latina: la Casa Blanca, y a contratar el cuarto empréstito para hacer una carretera central, que dejará pingües ganancias a todos los favorecidos del actual régimen.

La única salida

Desde Scott Nearing en Chicago, el formidable sociólogo americano, hasta Ingenieros en Buenos Aires, el también sociólogo argentino, todos están contestes en estudiar esta cuestión con honradez y darle «una misma y única salida». El dominio yanqui en la América no es como el antiguo dominio romano de conquista militar, ni como el inglés, dominio imperial comercial disfrazado de Home Rule, es de absoluta dominación económica con garantías políticas cuando son necesarias. Para estas garantías se confeccionó la Enmienda Platt, se ocupó militarmente a naciones como Haití y Santo Domingo con el fin de imponer el terror asesinando, para asegurar así la colocación de sus sobrantes monetarios. Muchos escritores pregonan para solucionar el problema de la América «una dosis mayor de patriotismo y de honradez». Nosotros no sabemos ya lo que se quiere decir con patriotismo; pues vemos que es la primera virtud de todos los gobiernos que hacen los empréstitos, entregan la tierra a los extranjeros y asesinan o expulsan a los obreros que se levantan a pedir simples derechos constitucionales contra las compañías americanas (Estrada Palma, Menocal, Zayas, Leguía, J. V. Gómez, Estrada Cabrera, Orellana, Porfirio Díaz, etc., etc.) Se nos dirá que no es este el patriotismo que se pide. Nosotros afirmamos que no puede haber otro en el poder, pues no permitirán los Estados Unidos su elevación. ¿Acaso en nuestra propia república no han impuesto siempre los magnates de Washington y Wall Street al presidente que le convenía a sus intereses? y, ¿no han cerrado la principal puerta de avance de los pueblos: la Revolución, al manifestar que no se reconocería a ningún gobierno revolucionario… hasta que rinda su vasallaje a los señores del azúcar y del petróleo?

5

En toda la América sucede igual. No se sostiene un gobierno sin la voluntad de los Estados Unidos, ya que el apoyo del oro yanqui es más sólido que el voto del pueblo respectivo. Hoy los pueblos no son nada, ya que la sociedad está hecha para ser gobernada por el dólar y no por el ciudadano. Cualquier gran rico de yanquilandia tiene más dólares que ciudadanos todos los países de la América. El dólar vence hoy al ciudadano; hay que hacer que el ciudadano venza al dólar. Para esto, se dirá, es necesaria una revolución. Sí lo es; pero no una revolución más como la [s] que se ven todos los días en los países de América: revolución de hambrientos, politiqueros deseosos de hartarse con el presupuesto y los empréstitos de los Estados Unidos. Hay que hacer, en fin, la revolución social en los países de la América. Hay que hacer la revolución de los ciudadanos, de los pueblos, contra el dólar. En todos, inclusive, o mejor, en los Estados Unidos de Norteamérica. Luchar por la revolución social en la América, no es una utopía de locos o fanáticos, es luchar por el próximo paso de avance en la historia. Solo los de mentalidad tullida podrán creer que la evolución de los pueblos de la América se ha de detener en las guerras de independencia, que han producido estas factorías llamadas Repúblicas, donde gobiernan hombres iguales, peores algunas veces, que los virreyes y los capitanes generales españoles. Si la revolución social fuera a producirse solo en el antiguo país de los zares, habría que creer que el esfuerzo gigantesco de los bolcheviques es inferior al de los revolucionarios de 1789, que hicieron sentir la fuerza de su credo hasta en la independencia de la lejana América. Muchos creen que el hecho ruso ha de quedar limitado a las actuales fronteras de la República Socialista; pero su miopía intelectual es digna de la mayor lástima, aunque sean universitarios los sostenedores de esta ignorancia histórica. La revolución social es un hecho fatal e histórico, independiente de la voluntad de los visionarios propagandistas. No se provoca el desbordamiento de los ríos, por la voluntad de los hombres, sino el río sale de su cauce cuando este es pequeño para el caudal. Así la revolución en los pueblos. Así los hombres de la América, como los de Europa, no pueden soportar la sociedad capitalista que decidió suicidarse, según la feliz expresión de Ingenieros, en la barbarie iniciada en 1914. El movimiento revolucionario de profesores y estudiantes de la América, se ha unido al viejo y fuerte movimiento de los trabajadores, y ya toda la América no es, en sus talleres y aulas, más que una congregación de iluminados luchando ardorosamente por lo que ya presienten en sus sociedades, y han visto despuntar en otro lugar... Los iniciadores de la nueva era en la humanidad, los revolucionarios rusos, han dado una organización efectiva al movimiento en este continente, de acuerdo con las necesidades del medio. A la organización y protección de partidos revolucionarios en los países de todo el mundo. La Internacional Comunista ha iniciado en la América la formación de Ligas Antimperialistas, donde tienen cabida todos los enemigos del mayor enemigo de la justicia y de la libertad en la América: el imperialismo. Obreros de todos los matices, campesinos, estudiantes, intelectuales libres, son invitados a formar un frente único formidable contra el enemigo común ¡a quien es necesario vencer, y a quien se vencerá! Las fuerzas son muchas en los Estados Unidos, y en toda la América Latina no hay un hombre puro que no sea enemigo del imperialismo capitalista. La hora es de lucha, de lucha ardorosa, quien no tome las armas y se lance al combate pretextando pequeñas diferencias, puede calificársele de traidor o cobarde. Mañana se podrá discutir, hoy solo es honrado luchar.

Delenda est Wall Street

. He aquí el grito nuevo y salvador. Quien no lo dé, se pone a servir, aunque solo sea con su inacción, al poderoso enemigo común. Contra el imperialismo; por la justicia social de América.

\* Publicado en folleto, Imprenta El Ideal, Federación de Torcedores [¿abril de 1925?]. (Archivo de la Oficina del Historiador de la Ciudad, Museo de La Habana.) [1] Es un hecho conocido de todos los estudiosos de estas materias, y afirmado por el Gobierno de Cuba en la «Memoria de la Exposición de San Luis», editado oficialmente por las autoridades cubanas, que de 1897 a 1898 hasta que se acordó la hipócrita

 Joint Resolution

 el Gobierno Revolucionario de la República en Armas gastó más de dos millones de pesos comprando a los congresistas americanos para que prestaran su apoyo a los mambises. El Gobierno americano ha recogido toda la edición de esa memoria, habiendo visto el que esto escribe una, por rara casualidad. (Nota de J. A. Mella) [2] Se refiere a Orlando, protagonista de la novela homónima de Virginia Woolf. (N. del E.)